



BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY • PROVO, UTAH

## **Transcript**

The following transcript represents the views of the speaker and not the Neal A. Maxwell Institute for Religious Scholarship, Brigham Young University, or the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints.



Foundation for Ancient Research & Mormon Studies

Chauncey C. Riddle

**Korihor:**

**Los razonamientos de la  
apostasía**

RID-77s

**FARMS**

**UNA TRANSCRIPCION DE LECTURAS SOBRE  
EL LIBRO DE MORMON**

© 1995 Foundation for Ancient Research and Mormon Studies

**Fair Use Copying Notice:** These pages may be reproduced and used, without alteration, addition, or deletion, for any nonpecuniary or nonpublishing purpose without permission.

# Korihor

## Los razonamientos de la apostasía

por Chauncey C. Riddle

**K**orihor aparece en el registro nefita como si fuera de la nada. Su relato entero se contiene en Alma 30, donde él aparece repentinamente en la tierra de Zarahemla, predicando “al pueblo contra las profecías que habían declarado los profetas concernientes a la venida de Cristo”(v. 6). La mayoría de lo que sabemos de sus antecedentes se debe a la inferencia, pero sus razonamientos demuestran que era un hombre educado sino en las escrituras, en las sutilezas. Sin embargo, sabemos por medio de su propia concesión que en algún momento tuvo un testimonio: “Yo siempre he sabido que había un Dios. Mas he aquí, me ha engañado el diablo... Y he enseñado sus palabras; y las enseñé porque deleitaban a la mente carnal... al grado que realmente llegué a creer que eran ciertas” (Alma 30:52-53). Así que la vida de Korihor nos enseña que el tener las verdades del evangelio y el ser un siervo con convenio de Cristo de ninguna manera garantiza la salvación. Se nos recuerda también que la oposición más potente a la obra del Salvador sobre esta tierra viene de aquellos que conocen la verdad y que después se desvían de ella a propósito y buscan destruir a otros.

Korihor tomó lo que puede llamarse un camino filosófico para destruir la fe en nuestro Salvador, un camino asombrosamente parecido al que es tomado por muchas personas hoy en día en intentos semi-filosóficos de “liberar” a los creyentes de lo que se complacen en llamar “ingenuo”. Sus razonamientos no podían dañar a aquellos cuya creencia nacía de la experiencia espiritual genuina, pero eran poderosamente eficaces entre los débiles de fe, cuya creencia aún no había ido más allá de las palabras. Un análisis de los razonamientos nos ayuda a ver cómo podemos ser fuertes en la fe en Cristo. Seleccionemos tres de sus razonamientos como ejemplos.

Comenzamos con el razonamiento de Korihor por el empiricismo naturalista (la creencia que es posible *saber* toda la verdad por medio de los sentidos —por la experiencia y la observación):

“He aquí, estas cosas que llamáis profecías, que decís que las transmiten los santos profetas, he aquí, no son más que insensatas tradiciones de vuestros padres.

“¿Cómo sabéis que son ciertas? He aquí, no podéis saber de las cosas que no veis; por lo tanto, no podéis saber si habrá un Cristo” (Alma 30:14-15).

Ahora, es claro que el empiricismo tiene valor. Es bueno observar cuidadosamente nuestros alrededores y apreciar nuestras sensaciones. ¿De qué otra manera caminaríamos o conduciríamos un automóvil? Sin la sensación, ¿cómo podríamos conocer la belleza o comunicar con los amigos y seres queridos o apreciar la

hechura maravillosa de las creaciones de nuestro Dios? La experiencia del sentido verdaderamente es una parte valiosa de esta vida; el error está en suponer que es la *única* manera de saber lo que sabemos.

¿Qué nos pueden decir nuestros sentidos de la justicia o la misericordia o el futuro? Nada. En efecto, funciona de manera contraria. Sólo cuando hayamos adquirido los conceptos de la justicia y la misericordia o una idea acerca de un evento futuro a través de algún medio no empírico —sólo entonces podemos reconocer la importancia de nuestras experiencias sensoriales relacionadas con la justicia y la misericordia o el cumplimiento de la profecía.

Ninguna de las preguntas más importantes que hacemos se puede solucionar o contestar dependiendo únicamente de la sensación. ¿Hay un Dios? ¿Es inmortal el hombre? ¿Es bueno ser honesto? ¿Cuál es la próxima cosa que debo hacer en mi vida? Las respuestas a cada una de estas preguntas más importantes deben venir por la fe. Cada hombre contesta estas preguntas y toma las grandes decisiones de su vida con base a su creencia y aceptación de alguien o algo que no puede ver. Ningún hombre sabe por sus sentidos que cada hombre tiene un espíritu por separado de su cuerpo físico, pero algunos tienen un testimonio ganado por la fe de ese hecho.

La respuesta para Korihor es clara y sencilla: Nuestra aceptación inicial de Cristo no es empírico, porque no lo vemos. Pero hemos recibido un Espíritu Santo en nuestras vidas que nos enseña a entender las escrituras acerca de Cristo y a creer que él vive. No fingimos que esto ya es conocimiento. Es fe. Creemos en Cristo sin haberlo visto porque confiamos en este Espíritu Santo que nos ha enseñado tantas cosas buenas. Tal vez Korihor pueda, por medio de sus razonamientos, confundir a alguien que jamás haya tenido una revelación, pero su disputa es sólo una cosa infantil y patética para los que disfrutan de la compañía del Espíritu Santo.

Un segundo razonamiento usado por Korihor tal vez se llame su humanismo. De concierto con los otros humanistas del mundo, él insiste que el logro y el éxito vienen a través de medios humanos, tales como la fuerza física, la habilidad y la razón:

“Y muchas otras cosas parecidas les habló, diciéndoles que no se podía hacer ninguna expiación por los pecados de los hombres, sino que en esta vida a cada uno le tocaba de acuerdo con su habilidad; por tanto, todo hombre

*Korihor demandó una señal; entonces Alma le dijo, “En el nombre de Dios quedarás mudo de modo que no podrás expresarte más” (Al. 30:49).*

prosperaba según su genio, todo hombre conquistaba según su fuerza” (Al. 30:17).

Korihor quería que creyéramos, como algunos de los autores de los libros modernos del “éxito”, que las soluciones a nuestros problemas están en la astucia y en los enfoques realistas de la vida. Pero tales personas definen el éxito en términos de la riqueza, la posición social, el poder político, la satisfacción de los sentidos; y, como los siervos de Cristo saben, si las metas de uno son los logros egoístas, el mundo está edificado de tal manera que en efecto uno sí puede ignorar al Salvador y lograr. Pero Korihor y sus con-humanistas piensan que lo están haciendo genialmente por sí mismos sin darse cuenta de que los que logran el éxito a costa de la fe y el amor están en una escalera mecánica que va hacia abajo, y que están siendo guiados cuidadosamente, animados, ayudados y consolados por Satanás, su mentor invisible. Su glorio en su propia fuerza y en los logros es un tributo a la astucia de Satanás, aquel diablo que engrasa la esclusa del pecado.

Al contrario, aquellos que han aceptado el evangelio ven que el éxito real en este mundo es vencer el egoísmo y tornar las fuerzas de uno hacia la rectitud para bendecir a otros. Saben claramente que este tipo de éxito es un esfuerzo arduo y tirante hasta los dientes mismos de las fuerzas que hacen tan fácil el pecado. Saben que no es por ningún medio humano que pueden vencer al mundo. Después de todo lo que podemos hacer por el poder humano, aún no somos nada. Sólo es cuando la gracia de Dios toca nuestras vidas que podemos vencer la maldad y promulgar la misericordia valiosa de la rectitud. No puede haber vanagloria ni pretensión de que algo humano nos prospera. Los que son más que siervos perezosos del Maestro le dan toda la gloria a Dios.

El razonamiento humanista es muy persuasivo para algunos porque es lisonjero. Naturalmente no nos gusta creer que sin Él no podemos hacer nada. Es así que parte del séquito de Satanás incluye aquellos que saben de la veracidad del evangelio pero que insisten en que realmente no necesitan de mucha ayuda, sólo uno o dos consejos útiles y un poco de ayuda en ser resucitados. El siervo de Cristo, sin embargo, no es persuadido. Los muchos ruegos al Señor lo han despojado de todo orgullo humanista.

Un tercer razonamiento usado por Korihor es el del relativismo: “... y no era ningún crimen el que un hombre hiciese cosa cualquiera” (Al. 30:17). Una declaración más completa de este ataque por Korihor es lo siguiente: Debido a que no hay un Dios (él afirma) y que los hombres no viven después de la muerte, y como todas las supuestas “leyes” y “los mandamientos” solamente son dispositivos útiles para dar poder a los sacerdotes (él afirma), la única cosa importante en la vida es hacer lo que usted desea hacer—si lo puede conseguir. ¡Cuán actualizado suena Korihor! Pero este razonamiento es eterno, tan antiguo como el pecado mismo.

Hay, por supuesto, muchas versiones del relativismo (sería difícil imaginar que el relativismo fuera

absoluto). Una versión alienta el gozar de la organización social de la iglesia sin preocuparse mucho de la teología o los mandamientos religiosos. Otro tipo de relativismo dice que los mandamientos son muy buenos pero que están abiertos para la amplia interpretación individual. Un tercer tipo reconoce que hay mandamientos pero se permite el lujo de pecar porque “nadie es perfecto”. Una cuarta versión dice que los mandamientos estaban bien cuando se dieron pero que han llegado a ser superfluos en nuestra época culta. Un quinto tipo de relativismo, usado por Korihor, dice que estos eran malos desde el principio: son restricciones al alma del hombre que en realidad le impiden jamás lograr la felicidad. Un sexto tipo, también usado por Korihor, dice que como un hecho es indiferente a otro, realmente no importa lo que hacemos.

El gran poder de todos los métodos relativistas es que permiten al individuo juzgar sus propias acciones. Por esta razón todos los otros relativistas son sensibles y simpatizantes a casi cualquiera de estos métodos. Korihor encontró a muchos que estaban complacidos con su relativismo aunque tal vez hubieran rechazado mucho de lo otro que él dijo. “Y así les predicaba, desviando el corazón de muchos, haciéndoles erguir sus cabezas en su iniquidad” (Al.30:18).

En contraste total a la cantidad casi infinita de opciones personales disponibles en el camino ancho del relativismo está el camino del Salvador. Aquel camino recto y angosto es hacer como él hizo: no buscar nuestra propia voluntad, sino que hacer la voluntad de aquel que nos envió. Es obedecerle en todas las cosas, obedciendo su palabra, el cual es su ley, a penas se escriban de revelación en revelación en nuestros corazones. Es depender solamente de sus méritos, considerándolo la única fuente de la rectitud. Es estar dispuesto a morir por él, crucificando la vieja persona con las carencias y los deseos mundanos para nacer de nuevo “como un niño: sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor y dispuesto a someterse a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre él, tal como un niño se somete a su padre” (Mosiah 3:19).

Así el evangelio enseña un camino que es absoluto—absoluto en que la fórmula para la rectitud siempre es la misma para cada persona y para cada tiempo y circunstancia: tomar el nombre de Cristo, recordarle siempre, guardar todos los mandamientos que él nos da. No hay otro camino a la rectitud, porque todo lo que no es por la fe en Cristo es pecado.

Pero hay una cosa que el relativismo nunca puede hacer, aún dentro de la iglesia. El que se suscribe a cualquiera de las versiones del relativismo recién enumeradas nunca será (a menos que se arrepienta) traído a aquellos sacrificios que prepararán a su alma para pasar una eternidad bendiciendo a otros. El relativismo nunca podrá purificar el corazón y la mente, o transformar el cuerpo y la semblanza a imagen del Salvador.

¡Las gracias sean a nuestro Dios que hay un camino, angosto que sea, para aprender a amar con un amor puro! Pero el precio es grande. Necesitamos

colocar todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza a su disposición —siempre. Necesitamos valorar todo de este mundo, incluyendo nuestras propias vidas, como la escoria y el desperdicio. Esto no significa negar la vida, sino que vivirla plenamente, disfrutando de la compañía del Espíritu Santo, aumentando en obras de amor que nos llevarán, sin vacilar, por el velo hasta llegar a las recompensas sólo entendidas en la eternidad.

Korihor no solamente fue de los tiempos del Libro de Mormón. Sus compañeros siempre han estado con la iglesia y ahora sólo aumentarán en el halago y en furor hasta el fin del mundo. ¿Qué nos impedirá sucumbir a sus sofisterías? Se ofrece la siguiente receta contra la apostasía que ha sido probado por el tiempo.

1. *Tener hambre y sed por la rectitud.* Benditos son los que lo hagan, “porque ellos serán llenos del Espíritu Santo” (3 Ne. 12:6). La rectitud es bendecir a otros, ministrar a sus necesidades, tanto temporales como espirituales. La maldad no es el único gran enemigo de la rectitud; la maldad en sí engaña a pocos. Un enemigo más sutil y por lo tanto más peligroso es creer que somos rectos, suponiendo que lo que nos complace a nosotros será bueno para otras personas.

Tal vez la gran división entre los que buscan la rectitud y los que se creen rectos es que los que tienen hambre y sed por la rectitud verdadera no pueden descansar hasta que haya venido la satisfacción y la felicidad a los que procuran ayudar. Ellos sienten dolor cuando otros están adoloridos. Los que se creen rectos a menudo se preocupan de los hechos en vez de las personas. Parecen regocijarse en las formas y las tradiciones, las fórmulas y las normas. Dan limosnas a los pobres sin amarlos o buscar lo que pueda ser el problema real.

Aquellos que buscan la rectitud verdadera rápidamente aprenden una cosa —su propia impotencia. Averiguan que no conocen lo suficiente, que no son suficientemente sabios, ni tienen el poder suficiente para bendecir a otros como en sus corazones lo desean hacer. Su hambre para la rectitud les ha preparado para el evangelio y cuando escuchan sus buenas nuevas, no dejan escapar la oportunidad de hacer el convenio de amar al Salvador y de recibir su Espíritu para estar con ellos.

2. *Aprender a vivir por el Espíritu Santo.* El Espíritu nos enseña la veracidad del evangelio. Pero es otra cosa aprender a vivir por el Espíritu Santo. La diferencia es la misma que existe entre escuchar un concierto de violín ejecutado expertamente y reconocer su mérito, y después dominar nosotros mismos el violín y poder tocarlo tan expertamente.

Este dominio es un asunto de la aplicación constante y fiel de nuestra fuerza de voluntad. No hay ningún salto repentino hasta la rectitud, sólo el crecimiento lento de añadir línea a línea, precepto a precepto, gracia sobre gracia. Al rehacer nuestras vidas de esta manera, tarde o temprano cada pensamiento inapropiado, cada mal hábito, cada deseo malvado deberá ser evaluado contra la gloria de nuestro Salvador.

Nosotros, no él, debemos tomar cada decisión difícil para probar todas las cosas y después aferrarnos a lo bueno.

¿Cuántos experimentos y experiencias se necesitan? Sólo los suficientes para poder entregarnos y ceder nuestros corazones al Salvador; bastantes experimentos para conocer, sin duda alguna, la voz del Salvador; bastantes experiencias con la obediencia para aprender a amar con un amor puro y continuar en ello.

3. *Apoyar a la autoridad del sacerdocio.* Aquellos que han aprendido a caminar con el Espíritu también se regocijan en la oportunidad de sostener a sus líderes designados por el sacerdocio con la fe y las oraciones. Ellos saben por el repetido testimonio del Espíritu que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el reino de Dios sobre la tierra y que aquellos que son sus líderes en los llamamientos del sacerdocio son designados y sostenidos por el Salvador. Como siervos del Salvador ellos también los sostienen.

Debido a que ellos sostienen, llegan a ser el poder y la fuerza unida que la organización de la iglesia brinda para la obra de la rectitud en el mundo. Ellos sostienen con amor, aún como ellos esperan ser sostenidos. Siempre sostienen con la fe y la rectitud, recibiendo instrucción del Salvador y obedeciéndole en todas las cosas.

4. *Edificar el reino.* Viviendo en rectitud hace posible el establecimiento de Sión nuevamente sobre la tierra. ¡Qué obra cuidadosa del sacerdocio debe haber para traer a los restos juntados para ver ojo a ojo, siendo de una mente y de un corazón, habitando en la rectitud, sin pobres entre ellos! Entonces los reinos de este mundo se verán compelidos a admitir que éste de cierto es el reino de Dios y de su Cristo, porque los habitantes amarán el uno al otro, aún como Cristo les ama a ellos. Aquellos que sostienen tienen el gozo de ver el cumplimiento de las profecías ante sus propios ojos.

El que tiene su hombro a la lid, que honra y que confía en el que dirige la obra, que sabe que está haciendo la cosa correcta por la causa correcta, no se deja llevar por la apariencia atractiva de la apostasía. Pero ¿qué tal de los que no son tan maduros en la obra del Señor? ¿Hay alguna manera garantizada para prevenir la apostasía del recién nacido o del débil y enfermo? La respuesta honesta es no. El amor y la paciencia de los que son maduros los protegerán por un tiempo. Pero al final no hay ninguna protección externa —la única protección eficaz es la fe personal, un testimonio personal. En cada generación Korihor toma una parte de los que no se fundarán sobre la Roca.

*Chauncey C. Riddle, un vice-presidente asistente de los estudios graduados y el programa de estudios en la Universidad de Brigham Young, está sirviendo como sumo consejero en la novena estaca de BYU y como maestro de la escuela dominical en el decimosexto barrio de Orem, la estaca de Orem Utah Sharon. Traducido por Mark R. Cárter; Editado y redactado por Sara Ulloa*